

Hectoedro

Ainhoa Escarti



Image not found.

Capítulo 1

HECTOEDRO

1

La noche sin estrellas

La noche era calurosa, las sábanas se pegaban al cuerpo. No tiene aire acondicionado, está sudando. Duerme, se mueve y se destapa. Finalmente un brazo sudoroso, tanto como ella misma, acaba despertándola avanzando sobre su cara. Lo aparta, se levanta, abre la ventana y fuma un cigarrillo a la luz de la noche. Entonces piensa:

“Hace tanto que no se ven las estrellas.”

Mira la cama ocupada casi entera por él. Le observa e irremediablemente se dice a sí misma:

“Los dos vivimos en la misma ciudad, pequeña, vieja, hermosa, limitada. Apenas diez o incluso quince minutos nos separan. Pero la realidad es muy distinta porque hay mil universos entre nosotros. Miro a mi lecho y veo otro cuerpo, uno que no es el tuyo. Entonces me pregunto si ese era nuestro mejor final.”

2

Despertar de una mañana de Enero

Aquel día la mañana entraba perezosa en mi vida. Me encontraba resguardada bajo las capas de la tarta de mi cama, las sábanas, las mantas, el edredón. ¡Se estaba tan calentita!

Fuera me esperaba la jornada más fría de ese Enero que intentaba helarme hasta el alma.

Pi-pipipi-pi pipipi ioh! El despertador anulaba el hechizo del sueño. Alargo la mano, lo apago y le detesto. Estaba a punto de darme un beso. El despertador es el culpable de todos los sueños rotos y las malas caras mañaneras. Con ese beso el despertar, encontrarme con el mundo habría sido perfecto.

Saco una mano, luego la otra, me destapo, abro un ojo, el otro, me incorporo. Ya estoy despierta.

No hay sol, tan sólo nubes negras que auguran un día nada apetecible. Es demasiado temprano, y ya hay gente. Observo el hormiguero humano desde la ventana. Me quedo pensando, ¿qué tipo de hormiga soy?

Paso a la acción. El tiempo pasa. Se hace tarde. El tiempo no perdona. Pequeño torturador infame. Salgo por la puerta dispuesta irremediamente a enfrentarme a un nuevo día.

En el autobús mientras oigo mi música, pienso en el beso y me digo esta

noche me lo darás.

3

El despertar de Paula

Siempre tuvo bastante curiosidad por entrar en la habitación de sus padres. Para ella era un lugar místico al que nunca le dejaban acceder. Era curiosa, y endiabladamente cabezota. Tenía mucha suerte porque su niñera, señora de cierta edad, tendía, casi siempre, a dormirse poco a poco. Una tarde de verano con el sol sobre las rodillas de la señora, Morfeo vino antes. Paula que ya no podía con la curiosidad encerró a la señora y fue a la habitación. Allí descubrió algo realmente alucinante para una curiosa, la librería. Como si estuviera imantada se pegó y empezó a escrutar títulos. Había un libro sin tapas, medio escondido. Lo abrió, unas fotos cayeron al suelo. Era pequeña, era inocente. Recogió las fotos, se miró al espejo. Entonces dejó la inocencia y la niñez para aquellos juguetes no rotos.

4

Deep Blue Sea

La luz del mar olía tanto o más que las propias olas húmedas y centelleantes como pequeños big bagnes en eclosión. Allí en el abismo, embriagada en el salitre y las gaviotas. Pensó que todo aquel gran azul podría ser un comienzo. Saltó y se sumergió en el profundo, profundo inalcanzable azul.

5

La espera

Esperaba allí sola, quieta y en silencio el sonido de sus pisadas, que tarde o temprano harían temblar mis manos. Palpé el frío metal de mi arma. Entonces los pasos surgieron, eran rápidos y constantes. Venía a por mí, ahora era el momento, él o yo. Debo ser yo. Me alejo de la puerta y adapto mis manos a mi pistola. Todo está oscuro, acallo mi respiración. Noto como va a abrir la puerta y me preparo, es su sombra. Cierro los ojos y disparo. El golpe de un cuerpo contra el suelo me hace abrirlos. No es él. Huyó. Me largo de allí, dejo el cadáver en el suelo, nadie me ha visto. Hoy he tenido la suerte del asesino. Le busco en todos los lugares conocidos y desconocidos, pregunto a todas las personas conocidas y desconocidas... ni rastro. Me escondo para poder descansar, caigo en un sueño profundo. Dormida aún, noto algo metálico en mi frente, despierto y es él. Me ha encontrado. Rebusca en mis bolsillos, en mi escondite algo que no llevo encima pero que sabe que tengo. Lo destroza todo. Guardo la calma, él también. Nos miramos a los ojos en busca de adivinar cuál será el próximo movimiento del otro. En la negra profundidad de los suyos veo mi futuro reflejado. Intento alcanzar mi arma oculta bajo el colchón. Me amenaza, me golpea, intenta hacerme hablar, pero no le servirá. Pierde la calma, la paciencia y la cordura. Él dispara y me voy sin contarle donde lo escondí, ahora ya no será para ninguno.

6

Preferencias

Me gustaba el otoño y me gustaban las flores, por eso nunca entendí que en otoño nunca hubiera flores. Me gustaba la vida y me gustaba la sangre, pero me daba miedo la muerte, por eso simplemente les desangraba, nunca les mataba.

7

Sensaciones de una calurosa noche de verano

Aquella noche salí de mi casa con una extraña sensación en el cuerpo. Sentía que iba a ser mi última noche. Así que bebí, fumé y follé. Justo antes de irme a casa le vi, él no a mí. El sólo mirarle me ponía los pelos de punta. Otra noche salí con la misma sensación, volví a beber, a fumar y a follar, otra vez estaba allí. La vida seguía su curso cotidiano hasta que llegaba la noche. Cuando hacía salidas nocturnas otra vez volvía a invadirme el penetrante escalofrío, un sabor a muerte. Bebí, fumé, pero esta vez no follé. Su cara de nuevo. Una noche más se repetía la situación, el extraño ritual. Bebí, fumé y le vi. Me miró, y aunque tenía un mal presentimiento se la devolví. Esa noche sí follé, con él. Desde ese momento el olor a muerte no se desprendía de mis sentidos. Supe que aquella historia acabaría mal justo antes de devolverle la mirada. Pero lo hice. Ya no había vuelta atrás. Después de muchas noches con él continuaba sintiendo la muerte alrededor. La vida con él era al límite del riesgo, hasta que un día llegó la propuesta. No era legal, era peligroso,

me daba igual, me alimentaba de nuestra adrenalina como si se tratara de un manjar divino dotador de vida. Aquella última noche salí de su casa con la extraña sensación más aguda que nunca en mi cuerpo, esa era mi última noche. Mientras íbamos en la moto, me abracé a él con fuerza, en unos minutos se desataría la tragedia que ya saboreaba entre dientes. Un tío enorme nos esperaba con el paquete, yo guardaba la pasta. Sabíamos que no era de fiar, nada más bajar de la moto cuatro disparos...tres para él y uno demasiado acertado para mí. El tío enorme rebuscó entre mi ropa y mi sangre para llevarse el paquete. Ya no volveré ni a fumar, ni a beber, ni a follar.

8

Visiones

Imagino un mundo donde tus palabras no me llegan, donde no hay llamadas tuyas. Me da miedo que sea como Casandra y se cumpla esta pesadilla que vislumbro.

Él ya tenía la maleta hecha, ya había devuelto las llaves. Por unos segundos ella, regresar, fueron una idea tentadora. Incluso llegó a soltar la maleta de su mano, incluso llegó a pensar en la posibilidad de besarla, en intentar volver a vivir con ella, aprenderse de nuevo, entenderse, recobrar todo lo perdido en años insostenibles. El ascensor llegó y alguien dentro preguntó de forma cotidiana:

¿Bajas?

Él agarró la maleta, subió al ascensor.

9

Potencialidades y actos

La noche cedió y dejó su lugar a la mañana, apenas logró dormir algo. Durante casi toda la noche se dedicó a pensamientos, recuerdos que sabía no llevaban a nada. Salió a la calle como cada día. Pero aquel era un día distinto, todo le recordaba a aquél amor, a eso que no volverá. Le buscaba entre las caras de los conocidos y desconocidos con los que se cruzaba. Justo antes de subir al autobús creyó ver su rostro a lo lejos. En un segundo imaginó todo lo que pasaría si se cruzaran y con ello cambiaran el final que dejaron escrito hace años. No pensaba en aquel que ahora rellenaba su vida y su cama. Dejó que el autobús se fuera que la cara se acercara. Ya veía su nueva y perfecta vida junto a él otra vez. Pero no era él. La ilusión se desvaneció. Recordó la realidad de esos tiempos tormentosos que ya tenía idealizados, que quizá aquel final que se dio fue el que fue sin vuelta atrás. Subió al siguiente autobús, se sentó. Miró por la ventanilla y se preguntó si lo suyo sería un final abierto o cerrado.

10

Lejanías

Las peores distancias son las que te alejan de alguien que tienes a un centímetro.

Entonces se puso los auriculares en las orejas y miró por la ventanilla durante todo el viaje.

.....

Puedes leer el libro completo en:

<https://play.google.com/store/books/details?id=bxhEDwAAQBAJ>